

ANTONIO PEREIRA

PREMIO TORRENTE BALLESTER DE NARRATIVA

''ESCRIBO PARA QUE ME QUIERAN''

PABLO ECHART Pamplona

El escritor leonés Antonio Pereira pronunció el martes pasado en la Universidad de Navarra una conferencia bajo el lema *Escribo para que me quieran*. A sus setenta y tres años, con una notable producción literaria a sus espaldas, el Premio de Narrativa Torrente Ballester de 1993 afirma que una de las mayores satisfacciones que le ha dado la literatura ha sido la creación de un buen número de vínculos amistosos.

-Antonio Pereira ha cultivado la poesía, la novela y el cuento. ¿Cuál es su género literario predilecto?

-Me gustaría ser recordado por la poesía porque para mí literatura es equivalente de poesía, de creación. La poesía en verso, que es la que entendemos en el uso normal, hace que la expresión sea más acendrada, más depurada y que por tanto tenga mayores quilates. Quisiera que me recordasen por esta poesía en verso, supuesto que alguien me vaya a recordar algún día.

-¿Qué quiere decir cuando afirma que escribe para que le quieran?

-Traro de responder a esa pregunta que suena un poquitín a tópico pero que es perfectamente comprensible que le pregunten a uno: y usted: ¿para qué escribe? Se espera generalmente una contestación casi metafísica cuando, en realidad, al menos en mi caso, escribo para que me quieran. A veces lo digo de una manera menos poética y más gráfica: escribo para tener amigos, para reunirme con ellos a comer y a beber unos vasos de vino. Entre las mayores satisfacciones que me ha dado el ejercicio de la literatura está la de la creación de relaciones y vínculos de amistad.

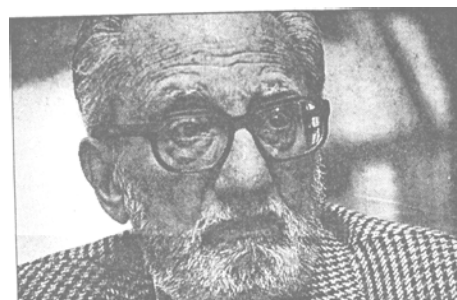
-Su tierra es el noroeste, un lugar donde se aprecia mucho la tradición de contar historias de forma oral.

-Vengo de una tierra, El Bierzo, donde la gente suele contar historias -y bien contadas-, quizá por influencia de los fabuladores del noroeste y también por los *filandones*, que eran reuniones que se hacían en invierno alrededor del fuego y en las

que se contaban historias. Eran el cine y la televisión de entonces.

-¿La ensoñación se consigue, entonces, más fácilmente con la palabra que con la letra?

-Yo creo que una ensoñación no quita la otra. La narración oral produce momentáneamente un transporte inmediato al mundo de los sueños; pero la palabra es fugitiva y es indispensable que se convierta en letra escrita para que permanezca y para que ese momento y esa emoción pueda luego repetirse en esa fiesta individual y solitaria que es el encuentro del lector con el libro.



-Para Antonio Pereira, un lector debe convertirse en cómplice del narrador. ¿Cómo se consigue esto?

-Es una cuestión inquietante. Hay que saber encontrar el punto de la información que se debe dar para no pecar ni por exceso ni por defecto. Tanto si se da mucha como si se da poca, se perderá el interés y la complicidad del lector porque la historia será obvia o, por el contrario, demasiado enigmática.

-Su último libro, *Las Ciudades de Poniente*; se sitúa en una geografía literaria concreta. ¿Quiénes son sus habitantes?

-Son los poetas de los cancioneros galaicos y lusitanos del norte de Portugal; los prósperos fabuladores de Galicia, con Cunqueiro al frente; la Asturias de Clarín y la Sanabria de San Manuel bueno, mártir; por supuesto, El Bierzo, cuya capital establezco en Villafranca del Bierzo, donde yo vivo; son los de la Escuela de Astorga, con los hermanos Panero (Juan y Leopoldo), junto con Ricardo Gullón, que fue un crítico estupendo, Luis Alonso Luengo y otros escritores muy importantes. Y seguimos hasta León para que quede dentro del Noroeste mi casa y la Catedral. ¿Lo demás es silencio? No, es mundo, palabra y afectos.

-La lectura de sus últimos cuentos deja entrever la nostalgia de una forma de vida que había antes y que puede desaparecer.

-Sí. Muchas veces he tratado los temas en los que ya funciona la memoria y la nostalgia. La época que a mí me parece más interesante es la que se correspondería con mi juventud, con los tiempos en que yo estudié el bachillerato. Es un momento de grandes inquietudes amorosas e intelectuales, de una gran comezón y de curiosidad por todo lo que es el mundo y por lo que se puede descubrir. Me da la impresión de que muchas de esas nostalgias están centradas en esos primeros años

de posguerra.

-En las últimas semanas se ha hablado mucho de la Transición. Sin embargo, Franco sigue vivo en sus cuentos...

-Franco es un personaje literario de mucha categoría al cual no se le ha sacado partido. Eso sí, hay que utilizarlo literariamente con alejamiento, con serenidad y con una cierta frialdad y, por supuesto, sin parcialidad ideológica. Como elemento literario, es muy interesante.

-¿Teme la etiqueta de escritor costumbrista?

-No me importa nada. Tengo amigos escritores que han puesto el grito en el ciclo cuando les han llamado costumbristas. Yo no tengo ningún inconveniente porque casi toda la narrativa que se escribe en el mundo desde siempre es costumbrista. Lo que pasa es que se suele llamar costumbrista a la narrativa que se hace nada más que para explicar el folclore, y eso a mí no me interesa. Ahora, si dentro de cien o doscientos años se perdieran muchos archivos, bibliotecas, o hubiera un cataclismo del que se salvaran mis cuentos, allí habría un gran documento de nuestras costumbres, sin que yo lo haya escrito para eso.

-En ocasiones, como en el realismo mágico, se cuelan elementos imaginativos y fantásticos en sus cuentos. ¿Se encuentra más próximo a la narrativa gallega o a la sudamericana?

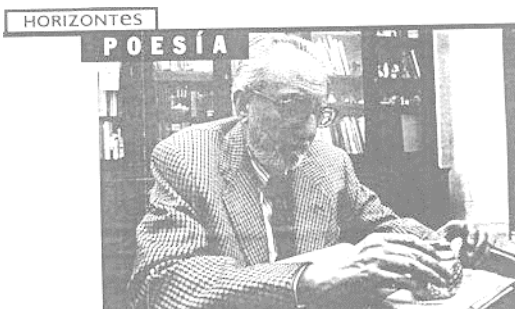
-Se parecen mucho, no sabría decantarme. De todos modos, cuando en España se produjo el boom de la literatura hispanoamericana con *Cien años de soledad* de García Márquez, Cunqueiro ya se había anticipado -con *Merlín y familia*, con *Las crónicas del Sochantre* y con otras obras-, a muchas cosas que luego admiramos en los foráneos aunque aquí nadie le hizo caso.

-A diferencia de otros narradores de la llamada Generación del medio siglo, sus cuentos resultan con frecuencia irónicos...

-La ironía es una forma de conocimiento y de interpretar el mundo. Sin ella el mundo no se entiende. En mi obra hay ironía, pero no se llega al sarcasmo, que lo estimo como un grado inferior al cual no tengo interés en llegar. Yo soy irónico con mis criaturas de ficción, pero al mismo tiempo soy piadoso y amoroso, las quiero.

-¿Qué relación guarda con escritores del noroeste ahora en boga como Llamazares, Merino...?

-Tengo una relación estrechísima. Con frecuencia formo parte en jurados y he tenido la suerte de descubrir a grandes escritores que lo hubieran sido en cualquier caso. De esta forma, estando de jurado en León, leí los versos prometedores y fulgurantes de Antonio Colinas, cuando éste tenía dieciséis o diecisiete años. Llamé inmediatamente a su casa y le dije a su madre: "Señora, enhorabuena, porque es usted la madre de un gran poeta". También participé en el jurado que premió *La lentitud de los bueyes*, el primer poemario de Julio Llamazares, que hasta entonces no había publicado ningún libro. Muy recientemente también he contribuido a premiar *El amigo de las mujeres*, cuyo autor resultó ser Gustavo Martín Garzo, un vallisoletano que después ha estallado con premios y reconocimientos extraordinarios. Con los leoneses-Llamazares, Merino, Aparicio, Mateo Díez-, mantengo una gran relación. Hubo una época en que me miraban con un poco de recelo, me consideraban un escritor burgués y demás, pero ahora mantenemos una relación que yo diría entrañable si no fuera porque el adjetivo me molesta especialmente por lo mucho que se utiliza. Me siento feliz de mi paisanaje.



-Al ejercer como jurado con frecuencia, quizá pueda adelantar nombres de narradores' y poetas cuya pista habrá que seguir en un futuro próximo...

-No me atrevería de ninguna manera porque ya hay suficiente compromiso con el presente como para aventurarse con el futuro. En todo caso, y lo digo un poco en broma, sí habría que nombrar a una serie de poetas o de cuentistas a los que me gustaría no tener que darles nunca un premio porque son unos pesados, concurren a todos convirtiéndose en una especie de concurseros profesionales.

NO SÓLO VANIDAD

A Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923), siempre le ha fascinado el mundo de las letras. A los diez años, cuando era un niño "asquerosamente precoz", leyó el primer libro que le regalaron: *El Quijote*, un obsequio que su madre le hizo por su cumpleaños. A los trece, disfrutaba escribiendo artículos periodísticos y soñaba con ver su nombre en letras de molde. Su primera recompensa fue la publicación de poemas en las revistas Espadaña y Alba. Entre 1964 Y 1972 publicó varios poemarios

recogidos con posterioridad en la antología *Contar y seguir* (1972). Ha escrito tres novelas -*Un sitio para Soledad* (1969), *La costa de los fuegos tardíos* (1973) y *País de los Losadas* (1978)- así como varios libros de cuentos, algunos de ellos galardonados en distintos concursos. Con *Una mirada a la carretera* (1966), *El síndrome de Estocolmo* (1988) y *Las ciudades de Poniente* -su último libro-, ha obtenido respectivamente los premios Leopoldo Alas, Fastenrath y Torrente Ballester.

Aunque le encanta sentirse halagado por la letra impresa -todavía recoge en su *pedantoteca* todos los recortes de periódicos y revistas en los que aparece su nombre-, no escribe a estas alturas por vanidad y por reconocimiento social. "Escribo para que me quieran, pero también para querer a los demás". "Quiero a mis lectores, quiero a mis personajes de ficción y puede que un día empiece a querer a mis editores, lo que ya sería perfecto".